

José Manuel Zapico

Despedimos a Anita y lo hacemos como ella nos dijo que lo teníamos que hacer. Así era Anita. Una gran mujer, una fuerza imparable, con tanta energía como generosidad. Una mujer valiente que siempre pensaba en los demás, en lo colectivo, en la organización. Pero lo que nunca nos perdonaría es que hoy sólo habláramos de ella. Así que aquí, con este acto, recordamos a toda una generación de mujeres luchadoras que entregaron su vida a la causa de una sociedad mejor. Por eso también estas palabras son de Celestina Marrón, de Tina Pérez, de Nievienes o de Maruja Ramos, una de sus infatigables camaradas, que pelearon juntas y también hoy hemos tenido tristemente que decirle adiós.

Mujeres que han sido semilla. Porque en una sociedad patriarcal en la que a las mujeres se las invisibiliza y aparta, ellas dieron la cara, se ganaron el respeto y la voz, lideraron el movimiento obrero no sólo en la larga noche de la dictadura franquista sino también en democracia, para enseñarnos que cuesta mucho conseguir derechos laborales y sociales y muy poco perderlos sino estamos constantemente movilizándonos y fortaleciendo las organizaciones políticas y sociales de la izquierda.

Anita fue una mujer de armas tomar, no por elección sino por obligación. Y tomó partido, vaya que si lo tomó. En concreto, el Partido Comunista, porque las circunstancias le llevaron, siendo muy niña, a tener que dar soporte a los fugaos en el monte; a soportar cárcel, tortura y exilio; a llorar a su joven marido, también camarada, que moría muy joven en un accidente; a buscar toda la vida en las cunetas a su padre; a pelear cada día por una sociedad más justa, con más derechos y más igualdad.



Anita Sirgo

A golpe de tacón, sí. Pero también a golpe de teléfono y de pancarta. Porque Anita no se perdía manifestación. Pero antes llamaba y llamaba para que la gente no se olvidase que tal día a tal hora había que estar, no era una opción, había que estar por el compañero despedido, para que no cerraran tal empresa o para defender la sanidad y las pensiones.

Anita era una gran revolucionaria, porque como dejó escrito el Che Guevara, la cualidad más linda de un revolucionario es "ser siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo".

Y ella no sólo las sentía, sino que ese sentimiento lo transformaba en organización. Venía al local del Sindicato prácticamente a diario y nos ponía las pilas a todos, siempre a la carrera, porque por la tarde había que ir a tal sitio, en el que Comisiones Obreras convocaba; o a la Universidad, que la habían llamado para dar una charla; o a Les Filanderes, que había una presentación de

un libro... a todo y en todas partes le ponía corazón y coraje.

Siempre movida por la más amplia unidad, la desesperaba y le quitaban el sueño las peleas internas, porque sabía que lo más importante está ahí fuera: todo lo que nos queda por avanzar. Y es mucho más lo que nos une que lo que nos puede separar, porque el fascismo cuando golpea no diferencia entre demócratas.

Y a todo le ponía una gran dosis de fe. Quizás los teóricos dirían eso de "al pesimismo de la razón hay que unir el optimismo de la voluntad". Ella decía: "Hay que creer firmemente en lo que hacemos, guaje". Y me contaba entorno a la mesa de su casa en Lada, con un chupito de por medio, que cuando los fascistas destrozaron su casa, no le dejaron ni la muñeca que tenía, que sabía en qué otras casas estaban los muebles de la suya, que nadie debería pasar por eso. No se cansaba de repetir que los tiempos cambian, pero los problemas son los mismos: que no haya fame en ninguna familia, que no falte la luz en casa, defender la democracia que tantos palos nos costó.

Así que compañeros y compañeras, a seguir el ejemplo de Anita: organización, unidad, y a creer firmemente en que esta sociedad puede y debe cambiar de base... y los nada de hoy, todo han de ser.

Como ella misma dijo hace unos meses en el acto que organizamos en Lada: "No podemos dejar la lucha".

Se lo debemos.